

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 17 Marzo 1906.

Núm. 11.

## Catequística.

(Continuación.)

Preséntasenos, en segundo lugar, en favor de la existencia de Jesucristo, y como otra de las pruebas accesorias, el testimonio de los historiadores puramente profanos. Jamás se ha visto personaje alguno de aquellos cuya existencia pasa entre los hombres, y aun entre los hombres de más severa crítica, como evidente é innegable, que tenga ni tantas, ni tan desinteresadas, ni tan continuas pruebas en favor de su histórica realidad, como las que tiene en el suyo Nuestro Señor Jesucristo. El número de historiadores de su portentosa vida, y aun de los que trazan el cuadro de su majestuosa persona, es tan grande y de tan subido valor, que no se sabe por dónde comenzar, ni por dónde poner término á su relación. Y, siendo tantos y casi todos eminentemente sabios, ¿había de ser un mito el personaje á que dedicaban sus trabajos? ¿Había de ser el objeto de su historia, Jesucristo, una cosa que jamás existiera? Imposible.

Nosotros aquí indicaremos sólo los principales historiadores de nuestros tiempos, sin colócarlos en un orden perfecto.

Comenzando por Alemania, ofrécesenos, en primer lugar, Heydenreich, que, hablando de los que dicen que Jesucristo fué un mito, nos dice: «En cuanto al fondo, los relatos, aun los mismos que tienen un carácter maravilloso, son de tal manera dignos de la divinidad, que es menester tener un horror decidido á todo milagro para dudar de su realidad histórica». El sabio y religioso Bonnetty refutó á mediados del pasado siglo con escritos llenos

de erudición las impías afirmaciones del desdichado Strauss en su mal llamada *Vida de Jesús*. Lo mismo hizo el erudito y valiente Kuhn, catedrático de Teología en la ciudad de Tubinga. El doctor Tholuck ha probado hasta la evidencia que el único motivo que ha impulsado al impío Strauss á la negación de la historia evangélica es la profunda antipatía por todo lo que tenga sabor sobrenatural.

De subido valor es también la Historia de Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador del mundo, debida á la pluma del instruído Herscher, teólogo de Frigurgo; de cuya Historia se ha dicho que: «deja convencida la razón al mismo tiempo que cautiva la voluntad». Pero la obra que probablemente encierra más importancia, entre todas las escritas por los alemanes sobre la vida de Jesús, es la del Sr. Stolberg. Su Historia de Jesucristo y de su siglo es un digno monumento erigido por la ciencia y el genio alemanes al divino Autor del cristianismo. Obra es esta de ciencia y de piedad tan profundas que ha confirmado á los católicos alemanes en sus creencias y ha convertido á la fe católica á un buen número de protestantes, entre ellos probablemente el príncipe de Mecklenbourg.

En Francia escribió la Vida de Jesucristo el sabio y modesto sacerdote Nicolás Le Teurneux. El célebre Tillemont pone la historia de la vida de Jesús en el comienzo de su Historia Eclesiástica; el P. Croiset en su Año Cristiano; el ilustre Barthelemy en una obra apologética y social sobre la vida del Redentor, y Luis Veillot en su piadosa obra Vida de Jesucristo; á los cuales hay que agregar en los momentos actuales la Vida de Jesús del P. Didón, traducida ya al castellano. El jesuíta del Tirol, Nicolás Avancino, escribió en latín la *Vida y doctrina de Jesucristo*, que mereció ser traducida al francés, y por el P. Salgado al español.

En castellano se ha escrito la vida de Jesús por una luminosa pléyade de sabios y místicos escritores. Tales son Fray Luís de Granada, el V. Luis de la Puente y Luís de la Palma, jesuítas; el V. Fray Tomás de Jesús y Fray Fernando Valverde, natural de Lima, agustinos; Fray Francisco Aragonés, franciscano; además, el sabio presbítero Francisco Martínez Marina ha escrito cuatro tomos de la Historia de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo y de la doctrina y moral cristianas; lo mismo han hecho D. José Puga y D. Gregorio Diego y Mejía; el Rvdo. P. Gual, franciscano;

el presbítero D. Miguel Sánchez, estos dos con el fin de impugnar las doctrinas del impío Renán respecto de Jesús; y, por último, el eruditísimo presbítero D. Joaquín Roca y Cornet ha escrito una muy extensa, muy razonada y muy piadosa Vida de Jesucristo, tal vez la mejor de todas cuantas existen, interpolada en la Biografía eclesiástica universal.

A propósito hemos dejado para el final lo que dicen de Jesucristo y de su real existencia algunos autores de los tiempos primitivos, para que resalte más la realidad histórica de nuestro Redentor Divino.

Refiere San Metodio que en tiempo del emperador Tiberio fué llevada á Roma la imagen del Salvador, impresa en el sudario de la Verónica (verdadera imagen); pues habiendo oído Tiberio los milagros estupendos que en la Judea había obrado Jesucristo, le envió embajadores para que tuviera la bondad de ir á Roma y librara al mismo emperador de una enfermedad que le atormentaba. Llegados los emisarios á Jerusalén, supieron que Jesús había sido crucificado por orden de Pilatos, y que una piadosa mujer conservaba en un lienzo la verdadera imagen de Jesucristo. Hablaron con ella y permitióles que llevaran la imagen á Roma, y poniéndola delante del emperador, quedó al instante limpio de la lepra, que era la enfermedad que le afligía.

El historiador Eusebio asegura que Pilatos comunicó á Tiberio César, por medio de cartas, la existencia y las milagrosas obras de Jesucristo, pues tal era la costumbre de todos los gobernadores de las provincias sujetas al imperio romano. «Pilatos notició á Tiberio la resurrección de nuestro Salvador Jesucristo, cuya fama era célebre por toda la Palestina, añadiendo muchos milagros obrados por Él, que había oído referir, y cómo después de haber vuelto á la vida era ya por muchos tenido como Dios.

Aseguran que Tiberio aportó al Senado esta noticia, pero que el Senado despreció esta relación, fundado en que no se había aguardado para ello su autoridad, habiendo una antigua ley entre los romanos, que nadie sin el decreto del Senado pudiese ser tenido por Dios. Y como el Senado así repudiase la relación que de los hechos del Salvador se le daba, Tiberio con todo fué consecuente en su primera resolución, y es fama que no tomó providencia alguna de rigor contra la doctrina de Cristo».

Lo mismo, poco más ó menos, viene á decir el presbítero

Tertuliano en su Apología, y añade que «el César contuvo con amenazas á los acusadores de los cristianos».

El severo historiador Tácito, al hablar del incendio de Roma, ordenado por el tirano Nerón, y atribuido por éste á los cristianos para disculparse de tanta bajeza y ferocidad, dice que mandó Nerón prender á una grande multitud de hombres, á quienes el vulgo llamaba cristianos, y que el autor de este nombre era Cristo. Añade después el mismo Tácito que Cristo había sido condenado á muerte por el procurador Poncio Pilatos, bajo el imperio de Tiberio César. Por último, Plinio el joven, procónsul de Bitinia y del Ponto en tiempo del emperador Trajano, háblale á éste en cartas de Jesucristo y de los cristianos, pidiendo consejo de cómo ha de habérselas en los castigos que á éstos hubiera de imponer.

Vemos que los historiadores, tanto los inspirados como los eclesiásticos y profanos, están acordes en la existencia real y verdadera de Jesucristo. Si á esto se añade la crítica de los escritores racionalistas, que á pesar de tan minucioso examen y tan severo y parcial juicio, no ha podido destruir ni un sólo hecho de los atribuidos á Jesucristo por los Evangelistas, sube de punto la evidencia histórica de la existencia del Redentor y la fidelidad de los cuatro escritores sagrados, todos acordes en la relación de la vida de su divino Maestro.

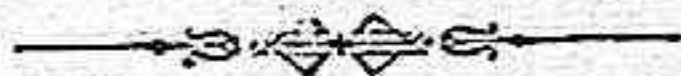
Pues si, á veces, la crítica de un solo escritor ha bastado para dar por fabuloso un hecho que tenía en su favor la fe de muchos siglos, ¡cuánta firmeza no habrá en favor de la realidad histórica de Cristo, cuando, á pesar de los seculares golpes de la piqueta impía y racionalista, no sólo no se bambolea, más antes adquiere mayor esplendor y solidez á medida que ruedan los siglos?

—

Pondremos término á esta esplendente serie de pruebas en favor de nuestro Divino Redentor, con la indicación, sólo con la indicación, de otra prueba de valor inmenso, incontrastable. Es la tomada del testimonio de la Iglesia. Esta santa y perpetua sociedad que ya desde el tiempo de los Apóstoles extendía su bienhechora influencia por todo el mundo, al decir de San Pablo; que lo llenaba todo en tiempo de Nerón, según lo testifica Plinio el joven, no sólo las ciudades, sinó las aldeas y los campos; que,

como dice Séneca, llegó á dar leyes á los vencedores; y que, por fin, en tiempo de Tertuliano, había llenado las ciudades, las islas, los campamentos, el palacio, el Senado y el foro, esa sociedad, digo, confiesa claramente y por todos los modos posibles; por sus virtudes, por su doctrina, por sus templos, por su culto, por su origen y por su propia existencia, la verdadera y real existencia de su augusto fundador, llamado Jesucristo.

Su fe es la de Jesucristo, su ley es la de Jesucristo, sus sacramentos son de Jesucristo, sus templos los dedica á Jesucristo, sus sacerdotes y sus sacrificios son de Jesucristo y para Jesucristo; sus trabajos, sus ansias, las obras de su inmensa caridad son para Jesucristo; sus pontífices, sus concilios, sus escritos, las palpitaciones de su corazón son para Jesucristo; el aire santo que respira, la vida divina que vive, la fuerza que sostiene su tan combatida existencia, confiesa recibirlos de Jesucristo; sus oraciones á Jesucristo las dirige y por Él las termina; su fortaleza, su esperanza y su confianza las tiene puestas en Jesucristo y sólo en Jesucristo. ¿Es posible que la Iglesia esté en una dulce ilusión respecto de su fundador? ¿Es posible que ella, aun como sociedad puramente humana, quiera engañar al mundo en materia de tanto interés? Evidentemente no. La engañada, en primer término, sería ella misma. La Iglesia, pues, no se engaña ni nos engaña, cuando nos enseña que existió Jesucristo real y verdaderamente. Por la Iglesia es el mundo civilizado lo que hoy es, y la Iglesia es lo que es por Jesucristo. Si hacemos de Jesucristo un mito, una ficción, ficción y mito será la Iglesia católica. Pero la civilización cristiana del mundo es hecho real innegable, y real é innegable es la existencia de la Iglesia católica; luego real é innegable tuvo que ser la existencia de Jesucristo, cual nos lo describieron los cuatro Evangelistas.



## Reflexiones sobre el Evangelio.

### Dominica III de Cuaresma.

El Evangelista San Lucas en su capítulo XI, vs. 14 al 28, presentanos á Jesús lanzando un demonio del cuerpo de un hombre que era mudo; y una vez que el demonio fué expulsado, el mudo

habló, y éste causó gran admiración en el pueblo. Mas algunos dijeron: En virtud de Belcebú, príncipe de los demonios, lanza á los demonios. Y otros, para tentarle, le pedían algún prodigio del cielo. Y El que vió luego sus pensamientos, les dijo: Todo reino en sí mismo dividido será destruído y las casas edificadas caerán unas sobre otras. Pero si yo lanzo los demonios por virtud de Belcebú ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si es por el dedo de Dios por quien yo lanzo los demonios, sin duda el reino de Dios llegó á vosotros. El que no está conmigo contra mí está: y el que conmigo no recoge, desparrama. Cuando el espíritu inmundo ha salido de algún hombre, anda por lugares áridos buscando reposo, y no hallándole, vuelve de nuevo allá de donde salió, acompañado de otros siete espíritus peores que él; y el último estado de este hombre es peor que el primero. Y sucedió que mientras esto decía, levantando la voz una mujer, de enmedio de la multitud, dijo: ¡Bienaventurado el seno que te encerró y los pechos que te amamantaron! ¡Mucho más bienaventurados, contestó Jesús, los que oyen la palabra de Dios y, guardándola, la observan!

Grandes y provechosas enseñanzas encierra para nosotros este Evangelio, poniéndonos de relieve el gran peligro que por todas partes nos cerca, y que consiste en las asechanzas y lazos que el demonio por doquiera nos tiende para arrastrarnos al pecado.

Enséñanos la sagrada Teología, que á la manera que el Angel bueno nos acompaña siempre *in via*, para conducirnos después de los trabajos de la presente vida al paraíso de la dicha, así también el ángel malo siempre nos rodea, buscando á quién devorar, y nada deja sin intentar para arrastrarnos con él al eterno suplicio; y uno de los medios que para esto utiliza es la posesión de que nos habla el Evangelio de este día.

Nunca, seguramente, se ha hablado tanto como en nuestros días, de evocaciones extrañas, de manifestación de los espíritus, de potencias ocultas, de fuerzas misteriosas é invisibles agentes, dotados de ciencia sobrehumana que, conociendo el pasado y el porvenir, intervienen en una porción de circunstancias, muchas veces de escasa importancia, pero muchísimas también graves y serias. A diario se complacen los periódicos y revistas en citar ejemplos y hechos estupendos que, aun cuando sean contados con ese to-

no ligero, propio de la crónica diaria, no por ello dejan de ser tomados en serio por la mayor parte de las gentes.

Parecía, por tanto, natural que, en tal disposición el espíritu público, nuestro siglo hubiera aceptado de buena voluntad las enseñanzas de la Iglesia acerca de la existencia y modo de obrar de los demonios; pero lejos de hacerlo así, la indiferencia sobre este punto ha llegado á extremo tal, que no es raro hallar hombres entre los que se encuentran los racionalistas modernos y gran parte de los protestantes, que juzgan estas posesiones de que nos habla la Sagrada Escritura, como exaltaciones de la imaginación calenturienta, ó como afecciones morbosas provenientes de una causa puramente natural, y aseguran que cuanto se dice de la continua actividad del demonio en torno nuestro, no es más que una creencia de los tiempos góticos, y una añagaza de los curas para intimidar á los ignorantes; pero de ninguna manera admisible en esta época de ilustración y de progreso, en que la ciencia se ha encargado de romper el velo bajo el cual se ocultaba la falacia é hipocresía de los explotadores de la religión. Para ellos Satanás no es más que una abstracción del espíritu, bajo el cual se ha personificado al mal.

Dignos de compasión son los que de esta manera piensan, porque cerrando sus ojos voluntariamente á la luz de la fe, ignoran que la Sagrada Escritura encierra la palabra de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, y es tan frecuente en ella la mención de la existencia de los Angeles, que S. Gregorio el Grande prorrumpe en esta exclamación: «Esse Angelos et Archangelos pene omnes sacri eloquii paginae testantur (1).

La misma experiencia nos dice que se dan energúmenos y magos que realizan cosas que verdaderamente exceden á las fuerzas naturales del hombre, y que en manera alguna pueden atribuirse á Dios por la malicia que llevan aneja, y si la naturaleza del efecto nos indica siempre la naturaleza propia de la causa, hemos de concluir afirmando que existen sobre el hombre algunas criaturas á quienes precisamente llamamos ángeles.

Si, pues, los ángeles existen y el Doctor Angélico nos enseña que pueden obrar en el entendimiento humano y en la voluntad, no de una manera directa, lo cual es propio sólo de Dios, pero sí indirectamente, proponiendo á nuestros sentidos objetos que atraí-

(1) Hom. 34 in Evang. n. 7.

gan nuestras facultades; y como los ángeles en su caída, si perdieran los bienes de la gracia con que habían sido adornados en su creación, conservaron, sin embargo, la ciencia y el poder, si bien sujeto siempre á la providencia divina, no hay motivo alguno racional para dudar de la veracidad de la posesión diabólica de que nos habla el Evangelio.

Nada, en verdad, tenía de extraño la admiración causada en la multitud al realizar Jesús la expulsión del demonio del cuerpo del poseso; hecho verdaderamente maravilloso y que sólo podía ejecutar por virtud propia aquel que fuere verdadero Dios; pero cuán de manifiesto queda la malicia de aquellos que, haciendo traición á su razón y no queriendo confesar la divinidad de Jesús, atribuyen aquel acto á la virtud del príncipe de los demonios: hubiera podido Jesús dejar á la multitud que esto presenciaba anegada en ese error, en justo castigo á su maldad, pero su caridad inagotable le mueve á rebatir con entereza esta creencia, diciendo que él arroja al demonio, no en nombre de Belcebú, sino por el dedo de Dios, y por tanto, que deben reconocer que el reino de Dios ha llegado á ellos, esto es, que Él era el Mesías prometido, el esperado de las gentes, el que había venido á borrar los pecados del mundo, lavándolos con el valor infinito de su sangre preciosísima, indícales además que como entre la verdad y el error no se da término medio: el que no está con él, está contra él; rebatiendo con esto la conducta de muchos cristianos que entienden cumplir con su deber oyendo misa todos los días de precepto, aun cuando no estén allí más que con presencia puramente corporal, dejando entretanto volar su espíritu por los negocios mundanos y llenando los demás preceptos exteriores de nuestra religión, sin preocuparse para nada de su conducta privada, como si fuera posible hacer una verdadera división de nuestros actos, en la cual hubiera alguna parte que á Dios no correspondiera, siendo así que nuestros actos son indivisibles en orden al último fin, al cual debemos tender con todas y cada una de nuestras acciones, puesto que si todas, absolutamente todas nuestras facultades las hemos recibido del Creador de ellas, debemos usar según su voluntad divina.

Hagámoslo así, imitando á aquella mujer del Evangelio que, no contaminada con la manera de sentir de la multitud, y reconociendo en Jesús al Hijo de Dios redentor del mundo, exclamó:



Bienaventurado el vientre que te encerró y los pechos que te amamantaron.

## Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

No desaparecerán las tinieblas de la ignorancia, ni la pertinacia en el mal, si nos presentamos de esta manera. Procuremos entrar dentro de nosotros mismos, y examinando con mirada serena nuestro espíritu, veamos cuán lejos estamos de las virtudes. Y entonces, en presencia de Dios Nuestro Señor, inclinemos nuestra cabeza y digamos: «Señor, cuán necio soy. Soy ignorante, y no aprendo; soy de poca virtud, y no me enmiendo. Iré al templo y aprenderé, y prestaré fortaleza á mi espíritu; oyendo con sumisión vuestra palabra santa».

Es verdad, que algunos van al templo con fines, si no malos, á lo menos indiferentes, y Dios aprovecha estas ocasiones para moverlos á la práctica de la virtud. Pero esto es raro. Lo ordinario es lo contrario; que el que va sin deseo de aprovecharse, no se aprovecha, y el que desea, algo consigue.

Y vamos con otra condición, que es la segunda.

Aunque seamos poco observadores, todos vemos que aun no queriendo nosotros, crecemos, vivimos, morimos, experimentamos las diferentes sensaciones, que producen el frío ó el calor, el canto de las aves ó el fragor de la tormenta, la dulzura de la miel ó la amargura del acíbar. Del mismo modo conocemos, que no podemos aprender una ciencia ó un arte, si no impera nuestra voluntad. De estas observaciones deducimos, que hay operaciones en el hombre, que necesitan la intervención de la voluntad, ó no la necesitan. A las que no requieran tal intervención, podemos llamar necesarias, y voluntarias á las otras.

Pues bien, entre las voluntarias incluimos la que tiene como término á la virtud. Si pretendemos adquirir los conocimientos convenientes, para elevar al alma á las alturas de la perfección, ¿podremos obtener la ciencia que á Dios conduce sin el acto de nuestra voluntad? No. Y si queremos aprender esta ciencia ¿acaso no es necesaria la atención? Porque si queremos, y no atendemos, nuestro deseo es vano, mejor dicho, no es deseo. Por eso hace

falta la atención para instruirnos en las verdades de la religión, que se nos predicán.

Es la atención, por consiguiente, condición indispensable para recibir la palabra divina.

Por ella, fundada en el deseo de aprovecharse antes de oír la palabra de Dios, que es la primera condición, el hombre, al escuchar la palabra, que fluye de los labios del sacerdote, experimenta diferentes impresiones en su corazón, y recibe en su inteligencia la luz, que le sirva de guía en el camino de la vida. La atención abre el oído, para que las verdades pasen al alma, é impresionen. El amor de Jesús Niño sonriendo en el pesebre, ó de Jesús Mártir expirando en la cruz, el arrepentimiento de la Magdalena, la traición de Judas, las lágrimas de la Santísima Virgen, el valor de los mártires, la ingratitud del pecador avezado al mal, los tormentos de un condenado, la paz del puro de conciencia, el gozo de los bienaventurados, la excelencia de la virtud, la repugnancia del vicio, la grandeza de Dios, la pequeñez del hombre, el cielo, el infierno, y tantas y tantas verdades como se nos predicán, se graban en nuestros espíritus muy hondamente, y causan en nosotros amor puro, arrepentimiento sincero, compasión, valor cristiano, gratitud, temor santo, ansias de virtud y de gloria eterna, admiración, humildad, odio al pecado, en una palabra, todos los sentimientos, que pueden producir las enseñanzas hermosas de nuestra religión sacrosanta; y no solamente forman el corazón, sino también la inteligencia, para que, ilustrada, haga del pecador un santo, de un cobarde un valiente, de un hijo de Satanás un hijo de Dios.

Y no digamos, que el predicador no halaga, por lo cual no escuchamos con atención, porque entonces claramente se demuestra que no estamos oyendo con las condiciones debidas. Debemos considerar, no los floreos retóricos, sino la doctrina que se expone. Esto tenía en cuenta Sta. Teresa, y jamás escuchó, sin obtener fruto, la palabra de Dios. Ni seamos como aquellos, de que habla el profeta Isaías (1), que decían: «Habladnos un lenguaje que nos agrade»; pues hay personas *piadosas*, que cierran los oídos ó se disgustan, cuando el predicador trata de asuntos terribles, como de la muerte ó del infierno. Ni miremos quién habla,

---

(1) Isaías, c. XXX, v. 10.

sino lo que habla. «¿Se desprecia acaso el oro porque esté envuelto en tierra? No, sino que se e'ige el oro, y se deja la tierra. Así vosotros recibid la doctrina, y dejad las malas costumbres. Las abejas liban las flores, y no hacen caso de los tallos: coged vosotros también las flores de la sana doctrina, y no os cuidéis de todo lo demás» (1).



## CUENTO

### Papeles mojados.

Aquella casa era un campo de Agramante. Ladraban los perros, mayaban los gatos, las perdices dábanse de calabazadas en los alambres, los muchachos gruñían á pan pedir y Toribio se tiraba de los pelos y al diablo se encomendaba.

Y éste dice que aquél tenía razón, porque eran las cinco de la mañana y aun no había vuelto la Catalina (su media naranja) de la plaza, á donde había ido por pan para sus *churumbeles*, *ajechauras* para sus pájaros y pólvora y munición con que poder salir á cazar bien tempranito.

Al cabo se abrió la puerta empujada fuertemente por un sargento de húsares, como parecía su costilla, ancha de cara, chica de ojos, larga de lengua y más subida de color que de apetecer fuera.

—¡Gracias á Dios que has venío, mala pécora! ¿Qué tripa te za ezatao en er camino?

—Ná, hijo, que zi quiés casar, como no tires con trapos no hay remedio. Toas las tiendas están cerrás.

—¡Mal haya mi zuerte negra!...

—Pues la más negra es el pae cura que ma encontrao en er camino y, que quieras que no, ma endirgao la bula, porque ice que zin ella no poems comer carne.

—¿Y no l' has mandao á paseo?

—Hombre, ni tanto ni tan poco. A icir verdad, ez la única persona con vergüenza que hay levantá en estas horas, mejorando lo presente.

(1) S. Juan Crisóstomo, citado por el A. Barbier en «Tesoros de Cornelio á Lapide», tomo 4.º, pág. 24.

—Miá tú; á mí no me vengas con letanías. Pa que ze coma carne lo que hace falta es que la haiga. Lo demás zon papeles mojaos.

—Pues este no está mojado.

—Quiero izir que no zirven pa ná.

—Cuando el pae cura y otras presonas leías y que entienden más, que acá lo icen, sus razones tendrán; que pa ezo estudian.

—Los curas lo que estudian es á sacar dineros y los otros zon unos hipócritas que jacen la vizta gorda. Conque, arrea, busca donde quiera municiones y no me traigas más papeles mojaos.

Al terminar la frase penetró en la estancia el casero á pedir la cuenta del mes que había pasado.

—Ustez dispenze, zeñor Bras, ha zalío mi mujer á cambiar un biyete y ha güerto como ze fué: anda, chiquiya, trae pronto ezo. y con lo que te zobra de las cien pesetas pagaremos al patrón.

Salió de nuevo la hembra y esta vez fué más afortunada que la anterior. Comenzaban los dependientes á abrir los comercios y le fué fácil entrar en uno, después en otro y luego en el de más allá.

¿Que por qué corrió tantos?

La fortuna que se cansó de serle propicia. Pudo visitar las tiendas, pero no consiguió que le cambiaran su billete de veinte duros, conservado hasta aquel día como oro en paño. Por fin entró en el estanco y cuando ya creía exclamar «eureka», ¡oh fatalidad! el truhán estanquero, socarrón y mal intencionado, no se lo admitió, diciendo:

—A otra parte con la música. Eso es un papel mojado.

—¡Pues zeñó, hoy tos son papele' mojado! ¿Me quié usté izir, cara de zardina frita, en qué lavaero ze ha caído este billete, que es más güeno que er mezmo rey.

—Le digo que es un papel y que yo no doy por un papel cualquiera dos pesetas, cuanto más cien reales.

—Pero, rezalao, zi es auténtico y esta firmao por el mismísimo Gobernador y por el Cajero y por el Interventor y hasta creo que le ha puesto er visto bueno el juez e paz.

—Pues á la paz é Dios. El que lo ha firmado que se lo tome. Ellos mandan en su casa y yo en la mía.

Y no hubo manera de cambiar el billete.

Vuelta á su casa, hubo de contar lo ocurrido, sacándola de

apuros el bueno del casero, á quien convenía cambiarlo para poder cobrar. Pero el diablo, que á veces se burla también de sus amigos, dió al casero unos cuantos pelos de guasón, porque, apercibido del mote de papel mojado con que habían bautizado á la bula, quiso seguir la broma, y aunque cambió el billete en veinte piezas contantes y sonantes de plata, no quiso luego que le devolvieran ninguna como paga del alquiler.

—Pero, hombre de Dios, ¿viene usted á cobrar y no quiere que le pague?

—Sí, deseo que me pague, mas no en papel mojado.

—El papel ya lo guardó usted, ¿ó es que también los duros son papel mojado?

—Como la Bula.

—¡Pero el duro tiene el cuño del rey!

—¡Muy señor mío! La Bula está concedida por el Papa.

—Vamos, hombre, ahora no se trata de eso.

—Ya lo sé. Aquí siempre se trata de dar al César lo que es del César, pero nunca á Dios lo que es de Dios.

Yo no sé qué sucedería. Aunque supongo que el casero cobraría, Catalina trajera sus encargos y Toribio siguiera creyendo que la Bula era un papel mojado, á pesar de estar más seco que su cerebro de calabaza.

---

## Liturgia.

---

(Continuación).

Las Iglesias de Oriente, sin embargo, no comenzaron hasta el siglo IV á celebrar el nacimiento de nuestro Señor en el mes de Diciembre. Hasta entonces lo habían solemnizado, ora en el día 6 de Enero, confundiéndolo bajo el nombre genérico de *Epifanía*, con la *manifestación* del Salvador á los Gentiles en la persona de los Magos, ora, si hemos de creer á Clemente de Alejandría, en el día 25 del mes Paschere (15 de Mayo), ó el 25 del mes Pharunt (20 de Abril). San Juan Crisóstomo en la misma homilía de Natividad, que pronunció en el año 386, cuando aun no era Obispo, atestigua que la costumbre de celebrar con la Iglesia romana el nacimiento del Salvador, no databa en la de Antioquía, que fué la primera en separar estas fiestas, sino de unos diez años á aquella fecha. Este cambio parece debe atribuirse á la autoridad de la Santa Sede, á la que vino á unirse, á fines del siglo IV, un edicto de los emperadores Teodosio y Valentiniano, decretando

la separación de las fiestas de Navidad y Epifanía. Únicamente la Iglesia de Armenia ha continuado celebrando este doble misterio en el día 6 de Enero, debido, sin duda, á que este país era independiente de la autoridad de los emperadores, y, además, por hallarse ya también separado desde el año 636, por el cisma y la herejía eutiquiana de la Iglesia romana.

La fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen, que pone fin á los cuarenta días de Navidad, parece remontarse en la Iglesia latina á fecha tan antiquísima que, á juicio de sabios muy ilustres, es de institución apostólica. Aunque de dicha fiesta hemos de hablar más extensamente á su debido tiempo, consignamos, por ahora, que todos los liturgistas convienen en que es la más antigua de todas las festividades de la Virgen, y que, fundándose en la narración misma del Evangelio, es natural se celebrara en los primeros siglos del Cristianismo. Esto por lo que se refiere á la Iglesia romana; pues, en cuanto concierne á la Iglesia oriental, no hallamos colocada esta fiesta definitivamente en el día 2 de Febrero hasta en tiempo del emperador Justiniano, en el siglo VI. Es cierto que, con anterioridad á dicha época, no fué por completo desconocida á los orientales la conmemoración de esta fiesta; pero no era una festividad universal entre ellos y la celebraban algunos días después de Navidad, y no en el día propio en que la Madre de Dios fué al templo para dar cumplimiento á la ley.

LITURGIA DEL TIEMPO DE NAVIDAD.—Si de la historia de este tiempo pasamos á considerar su carácter distintivo en la Liturgia latina, hemos de reconocer que no es otro, sino el gozo y alegría que despierta en toda la Iglesia la venida en carne mortal del Verbo divino, á la vez que las felicitaciones á la purísima Virgen María por el honor de su maternidad. Este doble pensamiento de un Dios Niño y de una Madre Virgen es el que domina cada momento en las oraciones y costumbres de la Liturgia.

Por ello vemos que la Iglesia, en los Domingos y festividades que no son de rito *doble*, conmemora, durante el trascurso de estos cuarenta días, la *virginidad fecunda* (1) de la Madre de Dios con tres oraciones especiales en la celebración del Santo Sacrificio de la Misa. En estos mismos días implora en el oficio de Laudes y Vísperas el *sufragio* de María, confesando en alta voz su cualidad de *Madre de Dios*, y la pureza *inviolable* (2) en que ha quedado, aun después del parto. Finalmente, la costumbre de terminar el oficio por la solemne antífona del monje Hermán Contracto en alabanza de la *Madre del Redentor* (3) continúa practicándose hasta el día mismo de la Purificación.

(1) Oratio. Deus, qui salutis aeternae, beatae Mariae virginitate *foecunda*, humano generi, etc.

(2) Y Post partum, Virgo, *inviolata* permansisti. R. *Dei genitrix*, intercede pro nobis.

(3) *Alma Redemptoris Mater*, etc.

Respecto al color de los ornamentos en tiempo de Navidad, la Iglesia ha adoptado color blanco durante los veinte primeros días que abrazan hasta la octava misma de la Epifanía. Únicamente hace una excepción vistiendo ornamentos encarnados en honor del Protomártir San Esteban y de Santo Tomás de Cantorberi; y, para unirse al duelo de Raquel, que llora á sus hijos, vístese de morado en la fiesta de los Santos Inocentes: fuera de estos tres días, la blancura de los ornamentos sagrados expresa el júbilo de que se halla poseída la Iglesia, júbilo que los Angeles anunciaron á los hombres, á la vez que significa también el brillo celestial del divino Sol naciente, la pureza de María y el candor de las almas fieles que se agrupan alrededor de la cuna del divino Niño. En los últimos veinte días, la multitud de fiestas de Santos obligan á la Iglesia á usar ornamentos en armonía con los mismos, ya los de color encarnado, propios de los Mártires, ya los blancos, para Pontífices, Confesores y Vírgenes.

(Continuará).



## Noticias generales.

En el número 8 dábamos noticia de la aparición del primer tomo de la *Biblioteca Catequística*, debido á la pluma del sabio jesuíta D. Ramón Ruiz Amado, y hoy no podemos por menos de transcribir la carta en que el Emmo. Secretario de Su Santidad felicita efusivamente al autor y le envía la Bendición Apostólica.

Dice así:

«Reverendo Padre: La *Biblioteca catequística* que vuestra reverencia ha comenzado á publicar, demuestra el vivo empeño que toma vuestra reverencia para corresponder á la voluntad expresa, y muchas veces manifestada por el Santo Padre, de que con celo siempre creciente se atienda á la enseñanza de la doctrina cristiana.

Su Santidad, por tanto, al par que se complace en ello vivamente, da á vuestra reverencia las gracias por el librito titulado *La enseñanza popular de la religión*, que vuestra reverencia ha querido ofrecerle como primer ensayo de la obra que pretende iniciar.

Al propio tiempo hace votos para que el Señor prospere sus trabajos, y de corazón le otorga su Bendición Apostólica.

Me aprovecho de esta coyuntura para declararme con afectos de muy sincera estima de vuestra reverencia afectísimo en el Señor.—*R. Cardenal Merry del Val.*

Roma, 19 de Febrero de 1906.—Padre Ramón Ruiz Amado, S. I.»

\*\*\* La Academia Pontificia Romana de Arqueología se reunió días pasados en el Palacio de la Cancillería, bajo la presidencia del profesor Gatti y del célebre Arqueólogo Marucchi, Secretario de la Academia. El socio correspondiente Sr. Wuscher Becchi leyó una interesante Memoria acerca de la Iglesia y Abadía de Ferentillo, cerca de Spoleto, cuya erección data del siglo VIII, y está dedicada al Príncipe de los Apóstoles.

\*\*\* El Sr. Gobernador de Orense ha mandado á los agentes de vigilancia que detengan á todos los individuos que sorprendan blasfemando en la vía pública.

El de Vitoria ha decretado el encarcelamiento por quince días á los individuos de aquella ciudad Inocencio Arza y Esteban Fernández, por blasfemar el santo nombre de Dios. Y el Alcalde de Pamplona ha impuesto 50 pesetas de multa á dos blasfemos.

---

## Santoral.

---

Día 18, Domingo *III de Cuaresma*. Stos. Gabriel arcángel, Eduardo, rey y mr., Cirilo, ob. y Santa Faustina, vg.

Día 19, lunes. ✠ SAN JOSÉ, patrono de la Iglesia católica. Santos Apolonio y Leoncio, obs. cfs., y Stas. Quintila y Cuartila. mártires.

Día 20, martes. Stos. Arquipo y Ambrosio, cf. dom<sup>o</sup>., Stas. Fotina, Alejandra, Eufrasia, Eufemia, Teodosia y otras, mrs.

Día 21, miércoles. Stos. Benito, cf. y fund., Filemón y Domicino, mrs., Sta. Fabiola romana.

Día 22, jueves. Stos. Pablo y Epafrodito, obs., Octaviano, Arce-diano y miles de mrs., Bienvenido y Deogracias, obs., y Stas. Lea y Catalina, vg.

Día 23, viernes. Las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo. Santos Victoriano, mr., Teódulo, presbítero y cf., Bto. José Oriol y Santas Pelagia, Aquila y Teodosia, mrs. ABSTINENCIA DE CARNE.

Día 24, sábado. Stos. Timolao, mr., Agapito, ob. mr., Latino, ob. y cf., y Sta. Catalina *de Suecia*, vg.